

Pateando lunas

Roy Berocay

Ilustraciones de Daniel Soulier





www.loqueleo.santillana.com

© 1997, ROY BEROCAY
© 1997, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Constitución 1889, (11800), Montevideo.
© 2003, 2006, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4348-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: DANIEL SOULIER

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Berocay, Roy

Pateando lunas / Roy Berocay ; ilustrado por Daniel Soulier. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

168 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4348-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Soulier, Daniel, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Pateando lunas

Roy Berocay

Ilustraciones de Daniel Soulier

loquele^o

Índice

| | |
|-----------------------------------|-----|
| ¡No se puede! | 9 |
| Un lío gordo | 19 |
| El terrible castigo | 29 |
| La insoportable prima Esther | 41 |
| Planes y desafíos | 51 |
| Un momento de magia | 59 |
| Mayte descubre América | 71 |
| La guerra de las viejas | 81 |
| La luna es una pelota | 93 |
| El Gordo Enemigo se enamora | 103 |
| Rayos y truenos | 115 |
| Pateando lunas | 123 |
| La gran fiesta | 135 |
| Los Guerreros vs. Diente de Leche | 149 |

¡No se puede!

o se puede.

—Pero, ¿por qué?

El padre caminaba alrededor de la habitación, movía la cabeza como si tuviera algún tornillo a punto de aflojarse y miraba a la niña.

—Porque eres una niña.

—¿Y eso qué tiene que ver?

¿Qué tenía que ver? Mayte era una niña, eso era cierto, una niña de nueve años, algo bajita y flaca, pero tenía piernas fuertes.

Eso le decían siempre sus amigos, el cómico Javier que se pasaba todo el día haciendo chistes malísimos o Salvador que

siempre parecía tener un *skate* pegado a los pies: “Tenés piernas fuertes, podés jugar, estamos seguros”.

Pero para los padres de Mayte el asunto era diferente: ella era una niña, las niñas juegan con muñecas, hacen comiditas, se portan bien, dicen buen día, buenas tardes y todas esas cosas. ¿Cómo iba a ocurrírsele a Mayte que quería ser jugadora de fútbol?

Pero así era.

Las muñecas, medio rotas y despeinadas, terminaban siempre tiradas en el piso de su cuarto. Los vestidos rosados se le manchaban tan rápido que cuando volvía de la calle ya sabía lo que su madre iba a decir.

—Pero, Mayte, ¿estuviste jugando al fútbol?

—No mamá, me trepé a los árboles.

Jugar fútbol, treparse a los árboles, desafiar a Javier o a Salva a jugar carreras, eran cosas que a Mayte le parecían



infinitamente más divertidas que las muñecas.

Ahora su padre seguía caminando por la habitación y ponía cara de preocupación, esa cara que ponen los adultos cuando están pensando en decir algo muy importante.

—Mayte, ya sabés lo que los vecinos nos comentan casi todos los días. Vienen y nos dicen: “Ah, su hija es taaaan linda, qué lástima que se porte así”.

—¡Pero, papá! Esas viejas son unas taradas.

Ésa era otra de las cosas que hacía enojar muchísimo al papá de Mayte. La niña no sólo quería jugar al fútbol, treparse a los árboles y correr carreras, sino que también era bastante bocasucia.

—¿Qué dijiste?

—Nada, nada; es que esas señoras son muy, muy molestas.

Así las cosas, Mayte se fue a su cuarto y se tiró en la cama.

Por la ventana entraba una luz suave que se partía en rayas al atravesar los visillos.

Las rayas, tan claras, se dibujan en la pared, justo encima de todas esas fotos de grandes jugadores, banderines y también algunos galanes de cine ya que, pese a lo que parecían creer todos, Mayte en definitiva era una niña absolutamente igual que todas.

Mayte miró por un rato las fotos y suspiró. Se sentía aburridísima. Además, también por la ventana se colaban los gritos y las risas de los varones que jugaban en la plaza de enfrente.

¿Por qué no podía jugar así?

¿Quién decía que las niñas no pueden jugar fútbol?

Ésas eran las preguntas que Mayte siempre se hacía. Le gustaba mucho pensar en las cosas. Imaginar un mundo totalmente diferente en el que los grandes campeonatos fueran jugados por mujeres.

¡Qué emocionante sería!

Pero claro, como era muy lista, se daba cuenta de que eso tendría algunas dificultades, por ejemplo, las jugadoras no podían parar el balón con el pecho.

Sonrió.

Ahora se imaginaba el final del partido, el grito de las tribunas llenas y otro problema: ¿qué harían cuando llegara el momento de intercambiar camisetas?

Nunca había pensado en eso. ¿Sería ésa la razón por la que sus padres no querían que fuera jugadora?

Si era eso, pensaba Mayte, no habría problema, después de ganar un partido no cambiaría su camiseta y asunto arreglado.

Si al menos pudiera hablarlo con alguien. Con sus padres era muy difícil. Primero porque el papá trabajaba casi todo el día, y de noche, cuando llegaba cansado, se sentaba a mirar la tele.

Mayte se rió bajito. Recordaba la cara de bobo que ponía su papá cuando miraba la tele. Era como si se fuera muy lejos. Sentado, con los ojos bien abiertos y una

cara como de vaca hipnotizada, miraba primero el noticiero y después algunas de esas historias policiales.

—¡Muere, maldito polizonte! ¡No me atraparás con vida!

Y el héroe, generalmente, escondido detrás de una lata de basura, apuntaba su arma y contestaba:

—¡Ríndete, Joe!

A Mayte no le gustaban esas historias, ni tampoco los teleteatros que veía su madre, ésos en los que la heroína resultaba ser la madre de su padre y la hija de su hermano, quien a su vez resultaba ser el tío fallecido muchos años atrás. “¡Oh, Carlos Segismundo! No puedo ser tu esposa porque soy tu abuela”.

Lo que sí le gustaba ver eran los partidos y, por suerte, cuando su padre también los veía, podía sentarse y dejarse llevar por la emoción.

—¡Pero, papá, ese gol fue fuera de juego!

—Estuvo bien —protestaba entonces el padre que, como todos los hombres, creía saber mucho sobre fútbol.

—Estaba en orsay —protestaba Mayte que seguía concentrada en la prestancia del guardameta, con esos saltos que se convertían en vuelo cuando venía un disparo muy fuerte o las corridas de los punteros del cuadro rival.

—¡Reventalo! —gritaba Mayte a sus defensores y, como por arte de magia, ¡plum! el veloz puntero terminaba con la nariz incrustada en el césped.

—¡Bieeeeeen! —aplaudía Mayte y su padre, enojado, trataba de explicarle que no estaba bien pegar patadas.

—Pero si seguía nos iba a hacer un gol —protestaba ella.

—Además, es hora de que estudies. ¿No tenés nada que estudiar?

—¡Ufa!